

Unamuno, educador

RAFAEL RUBIO LATORRE*

a) *Educador, la vocación sentida de Unamuno*

Los datos concretos de la biografía de Unamuno escapan al motivo decisivo de su vocación de educador. Es fácil presumir que sus estudios de Letras y su gran afición de pensador le llevaran a sentir como obligación de su vida el comunicarse con los demás a través de un sacerdocio magisterial.

Sus primeros pasos en las tareas de docente, cuando acaba la carrera, los da en su ciudad natal, Bilbao. Empieza como ayudante de la cátedra de Latín, y alterna esta obligación con sus clases particulares de Humanidades en distintos colegios, en especial en los privados de «San Antonio» y «San Nicolás». Como caso curioso señalamos que en este último se dedica a enseñar Matemáticas.

Ejerce la docencia particular con extranjeros que querían aprender el castellano y el latín, y con ciertos hijos de familias bilbaínas, que le pedían clases particulares.

Su intención pronto se fijó en obtener una cátedra oficial, y a este cometido dedica sus actividades, siendo notorio el tesón que demostró ante la serie de dificultades que se le presentaron antes de obtener la plaza de catedrático de la Universidad de Salamanca.

El noviazgo con su futura esposa doña Concepción Lizárraga, apremiará etapas para poder atender a su hogar con un porvenir seguro, cosa que obtiene meses después de casado.

*Catedrático del Instituto Nacional «Conde de Orgaz». c/ Nápoles, s/n. Madrid, 33. Autor de varias publicaciones, y en particular de *Educación y educador en el pensamiento de Unamuno*, que acaba de aparecer en las Ediciones del Instituto Pontificio San Pío X.

N. B.—Las siglas O.C. corresponden a *Obras Completas* de Unamuno, Edt. Vergara; C.C. de U., se refiere a *Cuadernos de la Cátedra de Unamuno* y U.U. responden a la obra de I. TURIN: *Unamuno, universitaire*.

Al fin, catedrático de la Universidad de Salamanca, encuentra el lugar propicio para dedicarse a su profesión de educador. Desde allí y durante toda su vida le podremos observar como maestro de generaciones que se forman bajo sus enseñanzas diarias. Esta dedicación nos confirmará en la vocación decidida de Unamuno a la educación de sus alumnos y hasta de su país.

Los primeros pasos de don Miguel en el campo de la docencia debieron serle poco gratos. En el año 1890, cuando apenas empieza, en carta a Pedro Múgica, amigo que trabaja en Alemania, le confiesa: «En el Instituto estoy encargado de una sección de la cátedra de Latín. Creo que no me producirá nada, pero es mi laboratorio; ensayo las inteligencias de los muchachos, y veo que a pesar de la costra de necedades rutinarias con que les han entorpecido el cerebro, tienen algo más que memoria como creen aquí estos dómines incultos. Los dos de Latín son pésimos»¹.

Su dedicación a la docencia no es sobre todo el deseo de un lucro económico, como podría ser en el caso de un catedrático con ocho hijos de familia, como lo fue don Miguel. En su primer contacto le interesa la clase y su actividad docente como «un laboratorio» donde «ensayar las inteligencias de los muchachos», y es su vocación al magisterio la que impulsará sin desalientos sus trabajos como profesor.

Con el nacimiento de su primer hijo, recibe un nuevo impulso su cometido educacional, y siente en sí mismo la responsabilidad del deber que atañe a todo educador.

En unos retazos de otra carta nos dejará los primeros sentimientos como padre y como educador. «¡Si viera qué hermoso tengo al niño!... Y pensar que esta alma humana, porque es verdaderamente un alma humana, podría estropearla entre maestros y maestrillos. Créame V., no ha de ir al colegio o escuela, no. Yo le enseñaré todo, volveré a aprenderlo. Lo malo es que así se le priva de la educación social, de la que adquieren en el roce y trato con sus compañeros»².

No creemos desenfocar la idea de Unamuno sobre el educador si decimos que este interés por el maestro es el tema definitivo en su ideario.

¹ Carta a Pedro Múgica. Bilbao, 16-12-1890. En *Cartas inéditas de Unamuno*, de Sergio Fernández Larraín. Santiago de Chile, Ed. Zig Zag, 1965.

² Carta a Pedro Múgica, sin fecha. *Cartas inéditas de Unamuno* (pág. 70).

El mismo sentía en su persona esta responsabilidad desde muy temprano, tan pronto como toma contacto con sus alumnos, y adivina en perspectiva la importancia de su ministerio y su función, y a ellos se abraza decididamente.

Acaba de tomar las riendas de la Universidad como Rector, y deja clara constancia en su primer discurso que la preocupación que le lleva al cargo es la de formar a los universitarios a cuya función confiesa, sin ambages, que siente no sólo inclinación, sino eficacia.

«Me gustaría ayudar a los más jóvenes que yo en cuanto pudiera. No sé si es petulancia, pero creo tener más eficacia personal en la acción directa que por medio de mis escritos»³.

Podríamos advertir en estas palabras cierta vanidad; admitimos mejor su fe en la vocación de educador, que le permite hablar así.

Su obra de educador será lo que más le interese y la que mejor desempeñe, incluso su docencia siempre será motivo para encontrar la mejor manera de educar.

Está convencido de que las enseñanzas son posibles de olvidar pero no lo es la persona del que educa, y él se considera como actor en esta tarea de la educación: «No dejaré de decir que si creo haber merecido la vida no es por el conocimiento que haya transmitido a otros, sino por los ánimos que haya logrado levantar.

Cuando hayan pasado algunos años después de haber dejado los bancos de mi clase —suelo decir— los más de mis discípulos habrán olvidado casi todas las doctrinas que les transmití, pero de mí no se habrán olvidado»⁴.

Las opiniones se contradicen algunas veces, con más o menos acierto. Unos juzgan la labor educativa en Unamuno como la de una figura del máximo prestigio de su patria y hasta como uno de los grandes educadores de este siglo. Tal la opinión de M. Cruz Hernández que compara su magisterio al de un nuevo Séneca, comparación que había usado don Miguel para Giner de los Ríos.

«Dos de los más acertados críticos de Unamuno, el Padre Miguel Oromí, franciscano, y Julián Marías, han coincidido en comparar a Unamuno con Sócrates. Lo más acertado, dice el P. Oromí,

³ Carta a Bernardo G. Candamo. Salamanca, 16-1-1901. Colección Vda. de García Blanco.

⁴ *O.C.*, IV, 934. *Sobre la carta de un maestro.*

es considerarle como otro Sócrates, más apasionado que el primero... y cuya misión hubiera sido agujonear y despertar a la juventud española»⁵.

No consideramos exagerada semejante opinión, y que don Miguel vivió para darle cumplimiento que no dudó en seguir consciente y constante.

El trato de educador a educando y la profunda preocupación por formar a los jóvenes es algo inseparable de la misión magisterial de Unamuno. Ya hablarán en este trabajo sus propios discípulos, pero ahora es el propio don Miguel quien nos confiesa que su interés más íntimo y su mejor dedicación es la formación de los jóvenes: «Yo, a quien acusan algunos de juzgar muy duramente a los jóvenes. A los jóvenes que son ya lo único que en España me interesa»⁶.

Tal vez las circunstancias fueron conduciendo la vocación de don Miguel y no faltará alguno que le tilde de elitista.

Es cierto que sus alumnos no fueron masa, porque no podían serlo, y porque quizá tampoco lo hubiera aceptado Unamuno, pero no se puede negar que salvados ambos extremos, la postura del maestro fue ejercer la educación «de voce et de scripto», a todo el que quiso escucharle, aunque prefiriera siempre el magisterio de la acción personal.

La plena dedicación a lo que creyó fin de su vocación le llevó a renunciar otros cometidos que, por otra parte, no eran ajenos a sus gustos, pero el aguijón de la responsabilidad ante su conciencia y ante la sociedad, le hiere, y al fin, triunfa no sin sacrificio, su vocación imperturbable.

Así se lo escribe al gran maestro y gran hispanista Marcel Bataillon: «Porque en cuanto a mis ensueños de aislarme en la paz y en el recogimiento, por ahora tengo que renunciar a ello. Llevo sobre mí el peso de un pueblo entero»⁷.

Nada más opuesto para interpretar su vocación educacional que la fama injusta de egocentrista que le han dado no pocos desaprensivos. Más que en sus palabras que a veces pueden cam-

⁵ *Cuadernos de la cátedra de don Miguel de Unamuno*, tomo III (pág. 52). *La misión socrática de Unamuno*, Miguel Cruz Hernández.

⁶ *O.C.*, III, 734. *Almas jóvenes*.

⁷ Carta a Marcel Bataillon. París, 13-8-1924. Colección Vda. de García Blanco.

biar el sentido de su autor, nos hemos de fijar en sus acciones, y llegaríamos a la conclusión que el egocentrismo se compagina malamente con la entrega sin condiciones de una vocación sentida.

La mejor opinión la tenemos del maestro de las letras españolas, don Ramón Menéndez Pidal. Dice así en un artículo encomiástico por demás para Unamuno: «No puedo dejar estos apuntes sin una conclusión efectiva. Se dice que Unamuno era un perfecto egocéntrico, incapaz de tomar interés por las preocupaciones de otro; todo lo aquí dicho indica que es un juicio simplista y superficial»⁸.

Con la natural sencillez de don Miguel, habló y escribió cuando se refirió a la misión de educador, y a más de uno debió dolerle, ya que no duda en afirmar que toda reserva y falta de entrega, no se compagina con el sacrificio que ha de hacer el educador a costa de sus mismas satisfacciones personales.

Muchos han escamoteado a veces con el deber de la investigación y otras ocupaciones, la obligación docente; para Unamuno la vocación de educador supone un sacrificio total.

«Cada día aborrezco más las sublimidades pedagógicas, y esa gansada de pedir millones para regenerar la enseñanza. Lo que hace falta es que el catedrático no tenga el odio que tiene a la cátedra. Es más grato, ya lo sé, investigar que explicar. Y se desconoce toda la profunda moralidad de ordenancismo y metodismo. Y no te hablo en fariseo»⁹.

Por su vocación específica de educador siente una honda preocupación sobre todo por la persona. Se hace constante a lo largo de su vida esta idea, no solamente en su diaria actividad, sino también en su continua comunicación a través de sus escritos.

Un educador no puede inhibirse ante problemas humanos, y esta falta de preocupación humana le duele a Unamuno, que la pone como motivo de toda falta de progreso y origen de toda degradación. Sus palabras pueden parecer duras pero no se priva de decirlas: «Toda esta ramplonería que nos sofoca proviene, no más, que de esto, que no nos importan los hombres, de que nadie se interesa por el prójimo.

⁸ *C.C. de U.*, tomo II (pág. 52). *Recuerdos referentes a Unamuno*, Ramón Menéndez Pidal.

⁹ Carta a Federico de Onís. Salamanca, 18-3-1912. Colección Vda. de García Blanco.

En este desdichado país, que se dice neciamente corroído por el personalismo, a nadie le interesan las personas. Se sigue a éste o a aquél, que da destinos o nos divierte, pero ni se le conoce siquiera»¹⁰.

El peligro del apareamiento que llevan, de ordinario, las dos funciones de docente y de educador, es que con frecuencia queda desdibujada una de ellas o puede correrse el riesgo de que una asuma a la otra.

En defensa de su vocación de educador dedicará toda su vida don Miguel y su voluntad ha de templarse con fe en defensa de sus íntimos sentimientos.

«Me paso la vida defendiéndome de mis propios ataques y atacándome contra mis propias defensas. Y así creo que les pase a los demás. Y si no, ¡desdichado del que sucumba bajo el oficio! Tan desdichado como el que llegue a aborrecerlo y a no sentir amor y entusiasmo por él. Y ésta es la terrible batalla: el deber de darse al oficio y el deber también de que el oficio no nos domine del todo. Yo, que quiero ser un catedrático, no quiero renegar de mi ministerio, que tengo en mucho, pero no quiero que cuando corro el mundo como hombre, como viajero; me lo conozcan»¹¹.

Sus confesiones personales son la prueba más eficiente de la preocupación que le oprime ante la obligación de su «función social» de educador.

Consagrado oficialmente como docente, distingue que es ante todo educador, y que ha de proyectar sobre sus discípulos su perfil humano.

Esto le ha de suponer una lucha íntima y dolorosa que él mismo dirá: «Yo de mí sé decir que una de las más empeñadas re-friegas de mi vida interior, es la de lograr cumplir lo mejor posible mi función social y no cumplirla por ganapanería; ser lo que soy oficialmente con la más religiosa consagración al oficio; enseñar con espíritu todo aquello cuya enseñanza me está encomendada, y luego no dejar que los hábitos de ese oficio me deformen el alma, defender al hombre del catedrático. ¡Y no es chica faena!»¹².

¹⁰ O.C., III, 872. *Ramplonerías*.

¹¹ O.C., XI, 321. *La lucha con el oficio*.

¹² O.C., XI, 320. *La lucha con el oficio*.

Una apremiante obligación pesa sobre don Miguel ante su deber de docente, de cara a la sociedad y de cara a su propia conciencia. Consciente de esta obligación aconseja aquello de que se sabe responsable y lo que practica; es decir, «hacer de la profesión un ejercicio de entrega y servicio sin más alardes, ni mayores pretensiones, que la prestación personal ya que dar la vida por la patria, no de una vez, sino día a día, es incesante servicio a su cultura y progreso, es nuestro deber»¹³.

Su fuerte sinceridad y su sentido de responsabilidad por su vocación, son motivos que hacen efectivas una serie de realidades, que otros más precavidos hubieran evitado para ahorrarse antipatías y acrimonias personales, pero Unamuno no puede callarlos.

La dedicación a la docencia como oficio llega a secar el manantial vocacional si no se la envuelve en el hálito vivo y palpitante del ideal educador. Nada mejor que sus propias palabras, esta vez con ira y pasión muy difícilmente disimuladas.

«Y lo que más me halaga es que al pie de estas obras en que meteré mi alma, mis indagaciones y mis dolores mentales, al pie de esta obra que será un ataque a nuestro modo de enseñar, a las universidades y al profesorado (Asociación de verdugos de inteligencias), al pie del libro en que pienso recoger mi bilis y maldecir al maestro que merece su mala suerte, y dar la razón a los gobiernos y a los pueblos, que en sus entrañas desdeñan al maestro, al catedrático, al profesor, al pie de esa filípica ruda y triste contra el profesorado, en que pienso presentarle como modelo de ignorancia y rémora de progreso, al pie de todo eso pondré, por Miguel de Unamuno, catedrático de la Universidad de Salamanca. (Todo esto viene escrito en rojo). Y luego esperaré a pie firme la avalancha si viene»¹⁴.

Su violenta acusación se tomará como un exabrupto de un momento de juvenil pasión; puede ser, y no seremos nosotros los que quitemos ese porcentaje de subjetivismo exagerado.

La cronología nos hace traición y nos confirma que la postura ideológica de don Miguel en ese momento no es propiamente de movimiento juvenil ni debida a pasiones momentáneas. Es fruto

¹³ O.C., VII, 612. *Discurso ante el Rey Alfonso XIII, en la apertura del curso 1904-1905.*

¹⁴ Carta a Juan de Arzadun. Salamanca, 17-6-1892. Colección Vda. de García Blanco.

de un sentido responsable y de un ideal que no admite consigo ni con otros, elusión de situaciones.

En sus últimos años de educador, ha corrido el tiempo de su juventud y se han mezclado en la vida del Rector de Salamanca aires fríos y vendavales furiosos. El deseo juvenil de «dar la vida día a día» se ha hecho realidad.

Llega de su destierro, y «la vuelta al profesorado en 1930, pone fin, prácticamente a la carrera profesional de un maestro, cada vez más venerado, que simplemente estimado. Unamuno volverá a emprender sus cursos en 1930 y durante cuatro años aún, frecuentará la Facultad de Letras. Su cometido es el de un patriarca de la juventud más que un profesor. Se le consulta, se le rodea, se le aborda como una gloria viva. Pocos se acordarán de que el oficio de don Miguel es enseñar griego»¹⁵.

Su magisterio, a estas alturas, ha sembrado ya la semilla de una obra que ahora ve fructificar, para consuelo de sus pasadas inquietudes.

Vivirá entonces días de gozo íntimo rumiando sabores agri-dulces de su pasado, y ya, prácticamente alejado de todo lo que no sea su oscura labor formadora, como consumación del ideal vocacional que se había forjado consciente y convencido.

Así nos despide el educador, a un año de su jubilación forzosa: «Un año me falta para jubilarme como catedrático universitario; hay por toda España desparramados alumnos que asistieron a mis clases en aquellos tiempos de obra docente y discente cotidiana, regular, oscura, y todo lo que deseo es que esa mocedad que educamos nosotros, los de aquel tiempo, guarde de nuestra labor el recuerdo que yo guardo de los maestros que hace cincuenta años me enseñaron a estudiar, me despertaron curiosidades y aficiones en la Universidad española de Madrid entonces.

No es lo que me enseñaron, sino lo que yo aprendí excitado por sus enseñanzas y no pocas veces en contra de ellas, por mí mismo. Me enseñaron a leer, en el más noble y alto sentido de la lectura...»¹⁶.

¹⁵ TURIN, I.: *U.U.* (pág. 97).

¹⁶ *O.C.*, X, 989. *La Universidad hace veinte años.*

b) *Perfil humano de don Miguel como educador de hombres*

Intencionadamente hemos evitado cualquier alusión que rozara lo biográfico o anecdótico y que nos pudiera separar del tema de este estudio. Hemos aún de sacrificar otras oportunidades, para que no nos aleje en lo posible de nuestro deseo de ser objetivos en el tema, las ideas y la personalidad de don Miguel, en tanto se relacionen con la educación y con el educador.

No resulta difícil a cualquier lector de los escritos de Unamuno y a cualquier observador de su biografía, trazar un perfil de su personalidad como educador. Es la única vertiente por la que encauza sus actividades humanas y a la que se dedica con toda intensidad. Casi deberíamos hablar de exclusividad, y «cuando se busca —en frase de Carlos Paris— una plenificación del hombre, desde nuestras mismas conquistas; en esa situación, Unamuno, no sólo por sus vislumbres aisladas sino por el planteamiento fundamental de su temática, de su rebeldía última y de su aceptación, nos sigue incitando con su palabra a todos los que por el hombre y su salvación realizadora se preocupen»¹⁷.

No queremos separarnos de su actividad de educador y en ella vamos a observar su perfil humano en su actuar diario y en su doctrina.

Un intento permanente hace viva la profesión docente de Unamuno llevada hasta las consecuencias más lejanas sin escatimar horas de sacrificio y de soledad. Incluso en frase de Unamuno, el educador, «reducido a ese punto extremo de la soledad y del egoísmo, es el más rico y el más humano de los hombres. Pues no cabe negar que haya reducido todos sus problemas al más sencillo y al más natural y nada nos impide mirarnos en él, como en un hombre ejemplar; encontraremos la más viva de las emociones»¹⁸, tal el caso de Unamuno.

Pero frente a la larga lista que podríamos ofrecer de admiradores de Unamuno, no podría faltar la mancha de algún detractor, que no por aislado resulta menos nocivo a la crítica de su magisterio, y de su especial dedicación a la formación personal de sus

¹⁷ PARIS, C.: *Unamuno, estructura de su mundo intelectual* (pág. 9). Barcelona, Ed. Península, 1968.

¹⁸ O.C., X, 839. *Retrato de Unamuno de Jean Cassou*.

alumnos. Para estos detractores, la vocación pedagógica de don Miguel había sido sólo un medio de satisfacción de su egoísmo personal viendo en su actividad docente y educadora como una dinámica, que ejercida en otros, volvía a él con el provecho de la ajena experiencia.

Así sucede en casos similares a los de Serrano Poncela que no sabemos cómo y con qué intenciones escribe: «La universidad era la rutina diaria y anafrodisíaca; el campo, la Tebaida meditativa. Unamuno fue deliberadamente un mal profesor. No le interesaba enseñar, sino enseñarse con el prójimo, excitando, despellejarle a tirones de paradoja»¹⁹.

Perderíamos el tiempo abriendo ventanas para que vieran los ciegos. Podríamos ofrecer frente a los pocos tiros del campo enemigo la rica floración del sentir y pensar de sus discípulos, que será ocupación de otro lugar de este trabajo.

Hemos de insistir con gusto en este intento de perfilar la figura de Unamuno educador, y a ello nos ha de ayudar la visión de otros educadores que al igual que Unamuno han dejado su vida y su obra en aras de su vocación social y humana.

Tenemos delante el retrato que nos dejó García Morente y de él espigamos algunas ideas, que prueban, en parte, lo mejor de don Miguel como educador, dedicado a «entregar su vida toda, su alma toda, a constante actividad, sostener ese continuo hacer con una fe eterna en su excelso valor; fe, que es a la vez manantial y cauce del río espiritual inacabable en que se baña; odiar el sistema y la deducción, y la armonía, y todo cuanto fija y determina y concreta la acción impidiendo, por tanto, perpetuarse, éstos son los principales rasgos que introducen en la figura de don Miguel de Unamuno una complejidad extraordinaria...

Por eso Unamuno es predicador y decidor de verdades, porque la fe que en él lleva, necesita propagarse y enseñorearse de otros corazones que el suyo»²⁰.

Otros educadores, hermanados en la misión docente, han podido calibrar con mayor acierto las cualidades de Unamuno como educador y hasta han concebido que más que educador de un

¹⁹ SERRANO PONCELA, S.: *El pensamiento de Unamuno*. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1964 (pág. 16).

²⁰ GARCÍA MORENTE, J.: *Semblanza de don Miguel*. «La Publicidad», 26-8-1906.

núcleo lo es de todo un pueblo, ya que su magisterio es amplio en ideas y en actitudes.

Cuando la palabra reflexiva y bien dicha de Ortega nos sorprenda con una instantánea de don Miguel, llena de sinceridad, ya que su postura no es de total adhesión al Rector de Salamanca, concluye que su ideario no nos puede dejar estáticos.

«Unamuno me parece uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas, y sus palabras suelen ser nuestra vanguardia... Aunque no esté conforme con su método soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura»²¹.

El puesto aventajado que en nuestro actual pensamiento significa Ortega, separado de Unamuno por formas accidentales, señala su especial atractivo por el enigma personal de este maestro. Ese algo que resulta indefinible; y los que han querido buscarlo, sólo han podido encontrar, «su palabra sugestiva, atracción personal, y amenidad»²², ya que «Unamuno provocaba una impresión de extrañeza; esta extrañeza se matizaba después positiva o negativamente según el tono afectivo con que era vivida. Don Miguel era admirable, original, o bien raro, extravagante, paradójico»²³.

No somos tan ingenuos para aceptar aciertos solamente en el perfil personal de Unamuno como maestro. Es fácil que en todo su conjunto como persona aparezcan algunas nubes.

«Su manera de entender la misión de profesor tenía junto a ciertos fallos, indudables virtudes, y entre ellas, la más digna de elogio, la de ver en el quehacer profesoral, algo más que la exposición fría de un programa escolar; puso Unamuno siempre en sus lecciones calor humano, cordialidad y amor y curiosidad por aquellos jóvenes todos los días a idénticas horas»²⁴.

Aún se nos ha de permitir citar otro de los estudiosos de Unamuno, Camile Pitollot. Nos confiesa la idea que se había forjado a través de los escritos y tal vez de alguna referencia adulterada, que desfiguraba la persona de don Miguel en lo que pudiera tener de comunicativo y confidencial.

²¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *O.C.*, I, 117 y 118. Madrid 1946.

²² GONZÁLEZ DE LA CALLE, J.: *Recuerdos personales de la vida profesional del maestro Unamuno*. R.H.M. 1941 (pág. 15).

²³ MARÍAS, J.: *Escuela de Madrid*. Buenos Aires. Edit. Revista de Occidente.

²⁴ SÁNCHEZ GRANJEL, L.: *Retrato de Unamuno*. Madrid, Edit. Guadarrama, Emece, Editores, 1957 (pág. 117).

Esta falsa leyenda imaginativa le había convertido en una especie de figura universal comparable a alguna de tanta significación como Fausto, nada menos.

El contacto personal y el cambio de impresiones con el maestro cambiaron la falsa idea que algunos habían concebido como en el caso de Pitollet. Las palabras de este gran hispanista son su mejor documento.

«La prosa conceptuosa y de hondo sentir, los robustos versos, y sobre todo, aquella encumbrada dignidad de Rector de la más ilustre y antigua de las universidades ibéricas, concurrieron en un varón ya famoso dentro de su patria, hacen que mi fantasía juvenil me representase a don Miguel de Unamuno, bilbaíno, hijo de un comerciante de Vergara, y de una vecina de su ciudad natal, cual proveyo sabio, cargado todavía no de años mas sí de altos merecimientos y honda sabiduría. Y he aquí que me encontré con un hombre erguido, sano, fuerte, en la plenitud de la vida; en una palabra, el más completo reverso de la medalla del Doctor Fausto, que me tenía imaginado»²⁵.

Una de las mejores cualidades de Unamuno educador es su prestación personal en la empresa que juzgó suya y que cumplió con escrupuloso dinamismo.

El amor al discípulo fue, sin rodeos, la obsesión de toda su vida y hasta llegó a hacerse sólo y siempre maestro.

El conocimiento que se tiene de él como escritor cambia cuando se tienen noticias del trato personal y del afecto que profesaba a sus discípulos. Así lo vemos a lo largo de su fecundo magisterio, pero él mismo nos lo dirá en las frases de una carta a Corominas.

«Una de mis razones para no querer salir de aquí es poderme recoger y dar mi alma sin que la falsee esta grosera envoltura en que vive. Lo sé por experiencia; los que de escritos y cartas me conocen, sufren una decepción al tratarme mano a mano, pero luego rectifican y creo ser querido por aquellos que frecuentan mi trato. ¡Qué obsesión de ser querido!»²⁶.

Una sinceridad menos acusada que la de Unamuno hubiera tratado de ocultar su aparente rusticidad y sequedad de trato.

Casi el mejor modo de reconocer sus virtudes sea el aceptar la

²⁵ PITOLLET, C.: *Notas unamunescas*, en *C.C. de U.*, IV, págs. 9 y 10.

²⁶ Carta a Pedro Corominas. Salamanca, 15-12-1899. Colección Vda. de García Blanco.

sincera confesión de sus imperfecciones. Pero la mejor prueba de su personalidad como maestro que reiterativamente expresa en sus escritos, es su diaria ocupación en que gastó su dinámica personal. «Cada cual no es más que su propia obra. Yo no soy sino mi propia obra; por donde voy, voy deshaciéndome, pero así me hago»²⁷.

En otro lugar de este trabajo nos hemos ocupado del concepto paternal que lleva anejo la entrega del educador. No nos puede sorprender su propia y personal actitud como catedrático, y el deseo para los que decidieron su vocación por la educación.

Preocupado por el tema educacional, le produce mayor desazón la deficiencia en la obra educativa que el desacierto en la labor docente. Para que no parezca una visión personal nuestra hemos de confirmar esta postura con sus palabras: «Soy catedrático, conozco los males de nuestra enseñanza y acerca de ellos he escrito algo. Y el mal mayor es que por lo general, quien más pone no pone al enseñar más que su inteligencia. Raro es el que saca el pecho y da sustancia propia; el alumno no siente el calor de la teta al labio. Nuestra enseñanza es una enseñanza con biberón»²⁸.

Separado el realismo de estas expresiones, sin embargo, el hondo sentido de la entrega que hacen de sí o deben hacer los que son educadores, es algo que en ellas nos alecciona. De entre sus muchos ejemplos personales recogemos el de Alonso Quesada, seudónimo del poeta canario Rafael Romero y uno de los magníficos poetas que dio el modernismo en el archipiélago afortunado.

Las palabras de Unamuno en el prólogo a un libro de poemas de este malogrado poeta nos ha de ahorrar alabanzas y encomios del sentido de acercamiento vivo y palpitante que debe poseer el maestro para con el discípulo.

«Era para mí un misterio y una tremenda responsabilidad aquella alma joven y palpitante que quería confiarse a mí, entregarse a mis manos duras y tal vez algo desdeñosas...»²⁹.

No es exageración el adjudicar apelativo tan entrañable como paternal al cuidado amoroso que pone don Miguel en el acercamiento al discípulo. Hemos de insistir ante el ejemplo constante que nos da en su vida de educador.

²⁷ O.C., VII, 695. Conferencia en Málaga 21-8-1906.

²⁸ O.C., III, 125. *Nicodemo el fariseo*.

²⁹ O.C., VII, 329. Prólogo al libro *El lino de los sueños*, de Alonso Quesada.

La muerte de uno de sus alumnos más apreciados, por otra parte alumno accidental, nos referimos a Macías Casanova, le produce un pesar desmedido. En él intentó hacer otro «alter ego», que perpetuara sus ideas.

No son otros los acentos de Unamuno sino los de un verdadero padre a la muerte de este joven: «Yo soñaba hacer con él lo que conmigo mismo he hecho; soñaba en él un discípulo, un verdadero discípulo, el discípulo querido con el que tanto soñamos los puestos a amaestrar, cuando los años nos han ablandado el corazón en la trilla de los desencantos. Me sentí ya junto a él, padre»³⁰.

Tanto los discípulos directos que a diario recibieron sus enseñanzas como los que posteriormente han estudiado su vida, nos confirman la puntual exactitud en el cumplimiento de sus deberes docentes. Este hábito, a no dudarlo, debió suponer muchos sacrificios personales.

Tenemos abundantes testimonios, y tal vez nos alargaríamos en exceso trayéndolos; ellos han hecho notar su asiduidad ejemplar a la cátedra. Citamos unos cuantos sin una intención marcada ni elección preconcebida.

Entre sus biógrafos, uno de los más recientes, nos confirma esta nota de ejemplar cumplimiento de su deber, que casi ninguno olvida.

«Aunque no sigue el sistema de enseñanza oficial al pie de la letra, no permitía ninguna ausencia en su trabajo. Durante casi toda su vida dio sus clases en las primeras horas del día. Cuando regresa del destierro, ya viejo, pide que le cambien la hora, de las nueve a las diez, por el intenso frío de las mañanas salmantinas. Sus explicaciones las da sentado cerca de la ventana, no desde la cátedra, y sus clases se desarrollaban como conversaciones entrañables, más que como una enseñanza rígida y obligatoria»³¹.

De una forma personal y originalísima, pero dentro de una actividad dinámica, va calando a diario en sus alumnos por la dedicación completa a sus enseñanzas. Siempre predomina su actitud de educador y a través de ella ilumina las actividades restantes.

La estudiosa unamuniana, profesora Turin, nos presenta una visión del educador Unamuno y de las actividades en su profesión de maestro.

³⁰ O.C., X, 215. Por Manuel Macías Casanova.

³¹ VILLAMOR, M.: *Unamuno* (pág. 25). Madrid, Edit. Edepe, 1970.

«Cualquiera que sea en efecto, la importancia de sus influencias literarias o filosóficas, el oficio de Unamuno, sus ocupaciones cotidianas, eran las de un profesor. Se jactaba de la conciencia rigurosa que ponía en cumplir su cometido diario; se comparaba implícitamente a aquellos que no hacían otro tanto.

Las dificultades que encontraba sea con los alumnos sea en sus relaciones con la Administración, le sugerían una serie de ensayos, artículos, opúsculos, discursos, donde se puede seguir el desenvolvimiento de sus ideas pedagógicas. Estos textos forman lo esencial de las fuentes de su pensamiento sobre estos temas, pero no es siempre de fácil acceso»³².

Don Miguel cifra su principal cuidado en considerar la educación como profesión fijándose hasta en los mínimos detalles.

Para cuantos han hecho una crítica ligera sería conveniente insistir una vez más en que oyeran la impresión de sus alumnos y las propias palabras de Unamuno, que por su honestidad, son sincero documento.

De los archivos del Ministerio de Instrucción Pública ha sacado a luz Turin una carta personal de Unamuno al señor Ministro; en ella le da detalles del cumplimiento de su deber docente en extremos educados pero al mismo tiempo con cierta sequedad.

«Debo solamente añadir que el ministerio puede constatar que soy uno de los profesores de la universidad que desde hace veinte y tres años, ha faltado lo menos posible a sus cursos, habiendo hecho siempre de mi presencia un deber religioso»³³.

En esta meticulosa fidelidad al deber profesional mezcla don Miguel su actuación como educador y maestro. La profesión es motivo para su obra magisterial más profunda y efectiva.

Desde su cátedra seguirá con el pensamiento y el afecto a sus discípulos en su ansia continuada de paternal inquietud. Ello nos da pie para traer sus propias palabras: «Como yo en mi clase he procurado siempre no sólo enseñar aquella disciplina para cuya enseñanza me tiene aquí el Estado, sino además despertar con esa misma enseñanza el espíritu de mis discípulos y educarles el gusto y la aspiración a lo serio, hondo y clásico, me fijé en el jovencito de Arévalo (alumno a quien Unamuno distinguió con especial interés) y puse en su porvenir grandes esperanzas. Y, después que aca-

³² TURIN, I.: *U.U.* (pág. 4).

³³ TURIN, I.: *U.U.* (pág. 84).

bó la carrera, siguiéndolo con el pensamiento y el afecto, como sigue todo maestro a todo discípulo aventajado, me preguntaba, ¿Qué se habrá hecho de Mamerto?»³⁴.

El cuidado y la atención que pone Unamuno en sus discípulos, incluso después de terminado su período de trato directo, nos dan el perfil de un maestro dedicado totalmente a la educación y perfeccionamiento de sus discípulos. Esta misión la cumple don Miguel con magnanimidad.

La esperanza de este maestro es para un futuro y en esta idea trabaja.

Comprende que no es del maestro el ver el fruto inmediato de sus enseñanzas, y a veces ni la floración de la siembra; pero esto no es óbice para que don Miguel diga y haga como dice: «Yo siembro, siembro, señores como mejor me da Dios a entender, siembro el grano que El ha puesto en mi granero, tendiendo a hacer por acción de mi trabajo de sembradura, y siembro sin volver atrás los ojos, no sea que me pase lo que a la mujer de Lot; siembro mi grano mirando siempre al porvenir, que es el único reino de la libertad, y dejo a la tierra que lo fecunde, y al aire, al agua y al sol que lo fermenten.

¡Ah!, si en vez de inquietarnos por el sembrado grano, siguiéramos sembrando»³⁵.

De los textos unamunianos sacamos el mejor perfil de un maestro, éste es su grande amor a los discípulos como base de toda posible educación.

Su éxito más colmado es la influencia que ejerció en sus discípulos y de él nos hemos de ocupar en las páginas que siguen, pero queremos dejar el bosquejo que nos pintó Leopoldo Alas por lo ajeno a toda alabanza que pase la frontera de lo real.

«Se le oía con placer y con provecho. Sus opiniones, que no eran nunca tópicos, sino ideas, eran siempre la expresión del buen sentido, el resultado de la experiencia del verdadero maestro, del maestro que sabe enseñar, no porque haya leído muchos tratados de pedagogía»³⁶.

Nos parece sensato deducir después de estas ideas que el perfil más acusado en la personalidad unamuniana es su decidida voca-

³⁴ O.C., IV, 923. *Sobre la carta de un maestro.*

³⁵ O.C., III, 195. *Nicodemo el fariseo.*

³⁶ ALAS ARGÜELLES, L., «El Adelanto». Salamanca, 29-9-1934.

ción por la educación de sus alumnos. Y que esa preocupación le absorbe, y de ella vive y a ella se dedica con ilusión renovada cada día.

c) *Los discípulos, el testimonio de un maestro*

Para un educador que siente, como sintió Unamuno, su deber vocacional, los discípulos son algo de su propia vida, que comparte con ellos y a ellos se la entrega diariamente.

Su gloria y su sacrificio forman parte de la vida de los discípulos que educa y entre maestro y educandos llega a florecer inmarchitable un amor limpio y desinteresado.

«No hay cariño como el que florece y fructifica entre maestro y discípulo.

No llevo muchos años de magisterio todavía. Pero andan ya por el mundo criaturas de mi espíritu, y cada vez que oigo hablar de ellos con elogio y los veo trabajar y ser valederos a sus hermanos, se me hincha la esperanza de otra vida y presiento que, cuando menos, no pasaré por ésta en balde»³⁷.

La proyección del maestro sobre los discípulos es una continuación de su propia vida que se transmite a través de su espíritu a sus alumnos, que formarán más tarde la familia más genuina del educador.

En este afán de unir en afecto a sus discípulos ya hemos visto en varias ocasiones que gusta usar la relación de equivalencia entre hijos y discípulos e incluso la especial predilección para los discípulos. Estos serán los que digan la mejor alabanza del maestro.

«Siete hijos me ha dado Dios, y junto a ellos, a los naturales o de la carne, tengo por ahí, esparcidos por España, hijos del espíritu que serán los que digan lo mejor mío»³⁸.

No han faltado críticos unamunianos que han querido ver en el amor y proyección de don Miguel hacia sus alumnos una como personal satisfacción del ansia agónica que le inquietó de perpetuarse, al menos en espíritu.

No pretendemos oponernos a esta idea que si no aceptamos ple-

³⁷ O.C., VII, 528. Discurso pedagógico de Orense. Junio, 1903.

³⁸ O.C., VII, 692. Conferencia en Málaga, 21-8-1906.

namente, es posible vislumbrar una muestra y no pequeña del deseo de eternización que inspira todo el ideario unamuniano.

Su magisterio de la pluma, con ser intenso y variado, deja paso a su magisterio personal, al del acercamiento y comprensión del discípulo, como obra más fundamental.

Hasta la palabra «alumno», «alimentado» para don Miguel, es motivo de un escape que le provoca una como exclamación sentimental llena de remembranzas y nostalgias: «Cuando voy a leer con ellos con mis alumnos, ¡lástima de hermosa palabra, degradada por el abuso oficial...!»³⁹.

Siempre se consideraba don Miguel padre y mentor de los que educaba y en ellos volcaba sus propias vivencias y el caudal diario de sus experiencias. El diálogo familiar que comenzaba antes de la clase en los mismos claustros universitarios, una vez terminada la enseñanza de la disciplina, volvía a continuarse por las calles y plazas de Salamanca y sobre todo en la entrañable carretera de Zamora.

En todos estos coloquios piensa Unamuno que sus discípulos han de ser los que continúen su obra educadora a través de sus familias y de sus pueblos.

«He escrito mucho en los años que llevo de vida, tal vez demasiado, pero puede ser que, si bien mi nombre se salve, si es que se salva del olvido, merced a esos mis escritos, mi espíritu o mejor dicho, aquella parte del espíritu común que se me confió en depósito, perdure vivo después de yo muerto, gracias a esa labor oscura y paciente de pecho a pecho, gracias a mis discípulos, por España y fuera de ella derramados»⁴⁰.

Para algún observador con ribetes de puritanismo, puede provocar extrañeza la intensa preocupación por su magisterio y la proyección en sus discípulos, ya que no sólo no lo oculta, sino que hay momentos que llega a cierta exageración, sólo explicable para quien ha logrado comprender la sicología de Unamuno, no siempre posible.

Cuando nos habla de sus celos de que algo o alguien puedan estorbar el crecimiento de la siembra y el fruto de las enseñanzas a sus discípulos, que en cierto modo quedan marcados con el unamu-

³⁹ O.C., I, 796. *La torre de Monterrey a la luz de la helada.*

⁴⁰ O.C., IV, 922. *Sobre la carta de un maestro.*

nianismo, hay expresiones que descubren lo más profundo de la intimidad del maestro.

Leamos el fragmento de una carta a uno de sus más dilectos discípulos, Federico de Onís: «Mis obras escritas valdrán más o menos, pero andan por ahí muchachos a quienes he formado el espíritu y quiero que den fruto que no he de poder yo dar. Con cada uno de vosotros va algo mío, siento celos de todo lo que pudiera estorbar la floración de ese algo»⁴¹.

Los que han criticado su reclusión voluntaria en Salamanca no entienden que la figura del educador no es en modo alguno una figura decorativa, que busca su propia estima y hasta cierta gloria humana, sino al contrario, en su propio sacrificio, eleva y da valor a sus discípulos.

Del diario contacto con los jóvenes quiere obtener don Miguel su continua revitalización espiritual y esa juventud en la que quiere mantenerse para no considerarse como una entelequia atosigante a sus ansias insaciables de diaria superación propia y de la superación de sus propios alumnos.

«Créame que si algo vence a las veces mi ánimo de mantenerme retirado de aquí, es el deseo de mezclarme en esa juventud que empieza, que busca y tantea su camino, hallándose en la hermosa determinación de los veinte a los treinta años, en esa edad, en que no se ha tornado aún uno de los caminos de la vida renunciando a los demás...

¡Quiera Dios que mi frecuente trato con jóvenes, los estudiantes, y el tener que vivir con ellos, de ellos y para ellos, me preserve de esa osificación terrible!»⁴².

La actitud paternal de su magisterio lleva con frecuencia a Unamuno a una curiosa preocupación por el futuro de sus alumnos. Aparte de la documentación epistolar dirigida a muchos de ellos, tenemos referencias de sus propios discípulos.

No exageramos al decir que la opinión unánime de todos ellos es la consideración de don Miguel como un experto maestro en el arte de la docencia y la de un padre afectuoso en la orientación y el consejo oportuno.

⁴¹ Carta a Federico de Onís. Salamanca, 10-1905. (En esta carta no sabemos si se refiere al día de un mes o al mes de octubre).

⁴² Carta a Bernardo G. Candamo. Salamanca, 24-12-1900. Colección Vda. de García Blanco.

Como datos de esta preocupación valgan, entre otros, el interés por encauzar en su propia vocación a los que habían estudiado con él, y el consejo cuando alguno se acercaba al maestro para orientarse.

Cuando Federico de Onís va a Madrid le recomienda la amistad con Giner de los Ríos y los institucionistas, y al mismo tiempo le abre las puertas de sus comienzos estudiantiles con una tarjeta para Azorín. «Esta tarjeta la presenta mi más querido discípulo, lo cual quiere decir, hijo espiritual, Federico de Onís»⁴³.

Hay referencias anecdóticas de sus discípulos que multiplican los recuerdos afectuosos para el maestro. Recogemos algunas que ofrecen especial interés.

José Sánchez Rojas, también discípulo suyo, nos cuenta con detalle el hecho en que interviene Unamuno como Rector, cuando un lance desagradable hace entrar la fuerza pública para mantener el orden dentro del recinto universitario.

«Unamuno, agitado, nervioso, con el rostro completamente enrojecido por la emoción, nos manda que entremos en el Paraninfo...

Queridos estudiantes: Contened vuestros arrebatos. Esto no puede ser. Se os hará justicia. Calmaos. Os pido, os suplico que os calméis. Contra la razón de la fuerza oponed vosotros la fuerza de la razón...».

Sigue el narrador, después de la actitud persuasiva de Unamuno, que acompaña en todo momento a los estudiantes y al fin les dice: «Estudiantes salmantinos: Hoy es un día de luto para nuestra escuela atropellada y para la ciudad de Salamanca. La gravedad misma de los sucesos, la sangre derramada y los infelices que han perdido la vida os exigen la mayor prudencia.

Sobre todo yo, que tengo recibidas de vosotros pruebas de cordura y que he visto esta mañana cómo cesabais en vuestra actitud con sólo mi presencia, sin más armas que ella; os ruego que depongáis toda actitud levantisca, y que confiéis en nosotros, vuestros profesores, que como hijos os consideramos y que tomamos como nuestra la ofensa que habéis recibido.

Retiraos a vuestras casas, ya que mañana mismo, viernes de

⁴³ Tarjeta de visita a D. José Martínez Ruiz. Salamanca, 3-12-1905. Colección Vda. de García Blanco.

Dolores, empiezan aquí por antiquísima costumbre las vacaciones de Semana de Pasión, que para vosotros ha comenzado ya»⁴⁴.

Nos evitamos cualquier comentario y que el lector deduzca de la actitud personal de don Miguel y de sus palabras todo el contenido de esta escena, quizá la más aparatosa por las circunstancias, pero no la única en que el educador y el padre se mezclarían en beneficio de sus discípulos, en un empeño de cariño hacia sus hijos espirituales, como tanto gustaba de llamar a sus discípulos.

De las relaciones personales y científicas con los alumnos quedan manifestaciones en la correspondencia que mantuvieron con el maestro. Casi todas inciden en la eficacia de su enseñanza y en la escrupulosa fidelidad en cumplir su deber profesoral.

Afirman unánimemente la asiduidad ejemplar en asistir a sus clases en el día y a la hora señalada y durante todo el tiempo asignado. La cita que consignamos es larga pero ha de valer para evitar repetirnos en las manifestaciones de sus discípulos.

«Los que hemos estudiado en la universidad de Salamanca sabemos muy bien que el señor Unamuno era el catedrático más asiduo y cumplidor de sus deberes académicos... Los curiosos que llevan las estadísticas de estas cosas, aseguran que en los treinta y dos años que lleva de catedrático el señor Unamuno, faltó a clase cinco veces en que estuvo realmente enfermo. No creo, pues, que haya colega que le supere en amor a la disciplina y al cumplimiento de su deber...

Unamuno es maestro, maestro ante todo y sobre todo, esto es, despertador de espíritus y sugeridor de ideas. Muchos discípulos del señor Unamuno están hoy regentando cátedras universitarias gracias a su magisterio...

Era el 'causeur', preñado de emoción, rico de ideas, apretado y denso, que se rejuvenecía el alma, a nuestro contacto»⁴⁵.

Maestro en el hacer científico y docente interesaba vivamente a sus alumnos y al escucharle atraía su atención cada día.

Nada más opuesto a las falsas informaciones sobre ciertas anomalías en su actividad docente, como son las referencias de Serrano Poncela y las de un estudiante con el seudónimo de Julián Sorel.

⁴⁴ SÁNCHEZ ROJAS, J.: «Silueta». Año I, n.º 7, Agosto de 1923.

⁴⁵ SÁNCHEZ ROJAS, J.: *Hogar*. Salamanca, 16-5-1904.

Evitamos comentar estas referencias no por la razón que tengan sino por su aproximación a una clara difamación.

«Cierto es que a don Miguel le preocupaba más la formación humana de sus alumnos que la formación científica sin que por ello la descuidara.

Aspiraba a hacer de sus alumnos espíritus capaces de las inmarcables bellezas de la literatura griega y aficionarse a la lectura de sus obras maestras o lo que es lo mismo según sus propias palabras: el ideal pedagógico inglés de 'gentleman' del caballero culto y fino, antes que el ideal pedagógico alemán del 'Fachmann', del doctor especialista, que tan fácilmente degenera, y sobre todo entre nosotros, en pedante, insoportable y envanecido»⁴⁶.

El mismo afecto guardan cuantos siguieron su magisterio de lengua griega, de la que Unamuno era catedrático y de la de historia de la lengua castellana que tenía agregada.

El recuerdo de su eficiente labor docente ha quedado como ejemplo de lo que ha de ser un excelente profesor.

El Doctor Moralejo Laso por citar el nombre de uno de estos aventajados discípulos le recuerda también con todo afecto como maestro y educador.

«Creo que todos los alumnos le teníamos afecto y se lo guardábamos siempre a su persona, aunque no todos ni siempre estuviéramos de acuerdo con sus ideas, opiniones ni actividades. Por mi parte me ha gustado siempre recordarle en privado y las noticias de sus clases, cuantas acerca de él, supiera, todo ello con simpatía hacia su recuerdo... A todos o a casi todos nos atraían las clases de don Miguel por aquel interés y amenidad que sabía él darles, y que íbamos a ellas con cierta curiosidad renovada cada día»⁴⁷.

Entre los alumnos formados por Unamuno merece especial recuerdo Manuel García Blanco. Aparte de la orientación definitiva de su vocación de catedrático de Historia de la Lengua, ha sido meritisimo su afán dedicado con todo afecto a estudiar los temas de Unamuno y dar publicidad a sus textos.

⁴⁶ ESPINO, G.: *El Magisterio de Unamuno*, en *C.C. de U.*, tomos 16 y 17 (pág. 101).

⁴⁷ MORALEJO LASO, A.: *Unamuno, profesor de Griego y de Historia de la Lengua. Impresiones de un alumno*, en *C.C. de U.*, tomo XIII (pág. 32).

Su archivo de bibliografía unamuniana ha servido a cuantos nos hemos interesado por la figura de don Miguel.

Los recuerdos de este fiel discípulo, aparte de su importancia biográfica, nos lo presentan como excelente educador y formador de educadores.

«En cuanto a sus clases de Historia de la Lengua española, en las que tuve la fortuna de ser su alumno, me hallo por esa circunstancia, en circunstancias de juzgarlas.

Tenían lugar, como las de griego, en un aula amplia y soleada del piso alto de este edificio, hoy absorbida por la sala de lectura de la biblioteca universitaria, y cuando nuestra Facultad se trasladó en 1933 al Colegio Anaya, donde hoy continúa, en un aula no menos soleada, aunque más reducida, hoy transformada en Decanato.

De lo que en ella se aprendía y aparte del autorizado testimonio de Federico de Onís, los que luego iban a cursar el doctorado con Menéndez Pidal, saben cómo los licenciados salmantinos destacaban en la clase de éste, por su preparación... .

En su clase conocíamos los primeros manuales extranjeros de filología y los primeros diccionarios románicos los puso en nuestras manos. También en este campo como en el de la cultura helénica fue más la labor creadora buceando en el meollo de las palabras, con un sentido entrañable de la lengua que revelan las escasas monografías del tema estrictamente lingüístico que publicó»⁴⁸.

Desde los primeros años de su labor docente abrió don Miguel las puertas de su cátedra y sobre todo el afecto a cuantos quisieron aprender de él. Se sentía feliz en esta labor y hasta se creía necesario en aquellos momentos para los jóvenes a quienes enseñaba.

En carta a Giner de los Ríos, cuya amistad hemos señalado, le decía: «Aquí reino en derredor de un grupito, pero suelo pensar y si yo me voy o me muero, ¿qué será de él? Porque sospecho que formo borla y no mazorca; soy yo quien los uno...»⁴⁹.

Muchos de los discípulos formados por don Miguel siguieron

⁴⁸ GARCÍA BLANCO, M.: *Unamuno y la Universidad*, en *C.C. de U.*, tomo XIII, pág. 32.

⁴⁹ Carta a Giner de los Ríos. Salamanca, 20-9-1906. Colección Vda. de García Blanco.

el camino de su magisterio, tal vez impresionados por los ejemplos de su querido maestro.

El recuento de algunos de ellos nos lo ofrece García Blanco. Muchos más aprendieron con don Miguel; otros aprendieron con el magisterio de su amistad y muchísimos con sus cartas particulares, donde vertía sus íntimas alegrías y sus tremendas inquietudes. Los principales discípulos son el ledesmino Casimiro González Trillo, el salmantino Federico de Onís quizá el más favorecido por el interés de Unamuno, Miguel Artigas, Antonio García Boiza, Fray Albino Menéndez Reigada, Obispo de Córdoba, Enrique Sánchez Reyes y un poco más tarde Francisco Maldonado y Emilio Alarcos; muchos de ellos lograron cátedras universitarias.

No todo fue gozo en la vida profesional de Unamuno. Hubo de saborear el dolor de insospechadas ingratitudes de algunos de sus educandos. Casi desde los primeros años de su dedicación a la docencia pudo sentir la ingratitud e incluso confesó su pena. Lo verdaderamente ejemplar es continuar esta vida con fuerzas renovadas ante el dolor de la decepción.

Humano, al fin, confiesa a uno de sus predilectos discípulos el dolor que le oprime «Estoy en la época de remordimiento. Empiezo a ver con dolor que fuera de unos pocos, tú uno, los más han tomado al revés cuanto he predicado y están desacreditándose. Así, hay quien cree que en mi clase no se aprende griego, y sí desorientación e indisciplina y esto me apena, créemelo»⁵⁰.

«Cuando Unamuno deja el Rectorado en 1924, no está del todo seguro que la juventud responda a las esperanzas que se han puesto en ella, ni que ella sepa mejor que sus primogénitos hacer de la tradición un fermento antes que un 'étegnor'. No continuará ya más en dirigirse a ella»⁵¹.

De tristezas y sinsabores venía muriendo hacía mucho tiempo don Miguel, pero el heroísmo de su vida fue continuar en su puesto de trabajo alentado por la esperanza de que pudieran aprovechar los mejores y que sus enseñanzas sirvieran para inquietar a muchos, que posteriormente han leído sus escritos.

Aún hoy su doctrina es estímulo para los que sienten inquietud de un mundo renovado con deseo de lucha y superación.

⁵⁰ Carta a Federico de Onís. Salamanca, 4-12-1907. Colección Vda. de García Blanco.

⁵¹ TURIN, I.: *U.U.* (pág. 54).